

mor y temblor, no diciéndoles que Dios es el que obra en nosotros el poder, como si tuvieran por sí mismos el querer y la acción, sino diciendo que Dios es el que obra en nosotros el querer y el perfeccionar; ó como se lee en otros exemplares, especialmente en los Griegos: *el querer y el obrar*; esto es, *el hacer*.

Atribuía Pelagio el bien y el mal á la posibilidad que Dios nos dió en la creación, como á la única raíz que produce uno y otro: pero no advierte que hablaba contra el Evangelio, en el que nos dice el Salvador: *Que el árbol bueno no puede producir frutos malos, así como el árbol malo no los puede producir buenos*. Y el Apóstol cuando dice: *Que la concupiscencia es la raíz de todos los males*, sin duda quiso enseñarnos que la caridad es la raíz de todos los bienes. La posibilidad natural es susceptible del mal y del bien, pero no es raíz de uno ni de otro. La concupiscencia es la única raíz de las malas obras, así como la caridad es la raíz de las buenas. Esta caridad nos viene de Dios, así como la concupiscencia tiene por autor al hombre, ó al que engañó al hombre, y no al que le crió. Porque la concupiscencia no es otra, que la *concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos, y la soberbia de la vida*; lo qual no viene del Padre celestial, sino del mundo; siendo así que la caridad, que es una virtud, nos viene de Dios, que es *caridad y amor*, y no de nosotros mismos.

También demuestra San Agustín que lo que hace la gracia de Dios tan recomendable, no es solo porque tiene la posibilidad natural, sino porque obra en nosotros el querer y el hacer. Enseña que la gracia propiamente tal, es el don de la caridad ó del santo amor: que á esta gracia no preceden meritos algunos, pues fué necesario que Dios nos amase, para que nosotros le amásemos. Esto es lo que nos enseña el Apóstol San Juan con la mayor claridad, quando dixo: *No porque nosotros hayamos amado á Dios, sino porque él nos amó;*

y también: *amemos á Dios, porque él nos amó primero*. A la verdad; ¿de dónde habíamos de tomar el amor á Dios, si él no nos amara primero, y nos diera con que amarle?

Confiesa el Santo que en la cuestión en que se disputa del libre albedrío, de la voluntad y de la gracia de Dios, es tan difícil explicar bien todas las cosas, que quando se defiende el libre albedrío, parece que se niega la gracia de Dios: y por el contrario, quando se quiere establecer la gracia de Dios, les parecerá á algunos que destruimos el libre albedrío, y por esto es preciso estar con grande atención quando se trata con algunos entendimientos sutiles y artificiosos. Para responder despues á los pasages de San Ambrosio, que habian dado ocasion á Pelagio para que le diese grandes elogios, los explica desde luego de la justicia de la ley, diciendo: "Que quando escribió este Padre que el hombre puede estar sin pecado, sin duda quiso decir que podian tener una vida digna de aprobación y alabanza entre los hombres: así como San Pablo dice de sí mismo, que segun la justicia de la ley, habia traído una vida irreprehensible." Mas para quitar toda duda en este punto, refiere San Agustín diversos pasages de San Ambrosio, en los que dice en términos expresos: que ninguno en este mundo puede estar sin pecado, y que es imposible á la humana naturaleza estar desde el principio pura y sin mancha.

XCVI. Pelagio y Celestio, deseando evitar la nota de heregia, pretendian que la cuestión del pecado original no pertenecia de ningun modo á la fe. San Agustín en el libro del pecado original examina quáles son las cuestiones que no pertenecen á la fe, y pone diversos exemplos. Saber qué estado tiene al presente el paraíso terrenal en que Dios colocó al primer hombre; en qué lugar está situado; á dónde fueron llevados Elías y Henoch; si San Pablo fué arrebatado al tercer cielo en cuerpo ó fuera del cuerpo. Estas son las cuestiones que pueden examinarse hasta cierto punto, ó pueden ig-

norarse sin que padezca la fe christiana, y en las que nos podemos engañar sin que los errores se nos puedan imputar á delito, ni calificados de dogmas heréticos.

En qué consiste la fe christiana, pues solo con esta luz podemos discernir si una cuestión pertenece ó no á la fe? Consiste en la causa de dos hombres, que son Adán y Jesuchristo. Por el uno hemos sido vendidos para quedar sujetos al pecado: por el otro hemos sido redimidos de la culpa: por el uno fuimos precipitados á la muerte: por el otro fuimos libertados para tener la vida. El uno nos perdió en sí mismo, por haber hecho su propia voluntad y nó la de aquel que le dió el sér: el otro nos salvó en sí mismo; no haciendo su propia voluntad, sino la del Padre que le envió. Porque solo hay un Dios, y un Mediador entre Dios y los hombres, que es Jesuchristo, Dios y hombre. Sin esta fe, esto es, sin la fe de un Mediador unico, que es Jesuchristo, ninguno se ha podido justificar ni salvar, aun de los antiguos justos. Esta fe fué necesaria en todos, antes del diluvio, desde el diluvio hasta la ley, y en tiempo de la misma ley; y no solo en los Israelitas, sino tambien en los que no eran de este pueblo. Esto es lo que va probando San Agustin con muchos pasages de uno y otro Testamento.

XCVII. Hablando de los dos libros del Matrimonio y de la concupiscencia, dirigidos al Conde Valerio, los coloca inmediatamente despues de la respuesta á los Sermones de los Arrianos, dispuesta á consecuencia de la conferencia con Emerito en 20 de Septiembre de 418. Por lo que no se puede dudar que escribió el primero á fines del mismo año ó á principios del siguiente. El mismo Padre dice en términos expresos, que los escribió despues de la condenacion de Pelagio y Celestio. Le dió la ocasion un escrito de los Pelagianos, en el que pretendian, que establecido el dogma del pecado original, quedaba condenado el Matrimonio. El Conde Valerio, á quien habian dirigido el escrito, despreció como calumnia

lo que decian estos Hereges contra San Agustin, y se burló de ellos de un modo digno de la firmeza de su fe: mas este Padre creyó que debía defender lo que habia sentado, y á este fin compuso el primer libro de los dos de que hablamos, en el que defiende la bondad del Matrimonio, para que no se creyese que la concupiscencia de la carne, y aquella ley de los miembros que combate contra la ley del espíritu, fuese vicio de la alianza, ó desposorio entre el hombre y la muger, sino que es tan al contrario, que la pureza conyugal usa bien del mal, como es la sensualidad, dirigiéndola á la generación de los hijos. Dedicó este libro al Conde Valerio; tanto porque él era el que habia recibido el escrito de los Pelagianos; quanto por su generosa resistencia á las novedades profanas; y tambien porque habia recibido de Jesuchristo el dón de vivir en una observancia exáctisima de la castidad conyugal. Se le dirigió con carta separada, que está impresa al principio de este libro, en la que hace muchos elogios sobre la caridad, fe, y otras virtudes de este Conde.

El Apóstol San Pablo, dice, nos enseña que la pureza conyugal es un dón de Dios, como lo es la continencia." En lo que nos enseña que debe haber en nosotros una voluntad proposito para recibir estos dones, los que le debemos pedir si no los tenemos.

Sin duda se engañan los que piensan que quando hablamos mal de la carnal concupiscencia condenamos por consiguiente al Matrimonio, como si esta enfermedad viniera de él, y nó del pecado. Hace ver San Agustin, que por esta concupiscencia percibiéron nuestros primeros Padres su desnudez desde el punto en que pecáron; y añade: "Que el Matrimonio halla su gloria, en que del mismo mal, esto es, de la concupiscencia, saca algun bien, el que consiste en la generacion de los hijos; pero lo que le cubre de confusion y vergüenza es, que no puede hacer este bien sin este mal. Que de este modo no podemos reprehender el Matrimonio, por causa del mal

de la concupiscencia, ni tampoco alabar la concupiscencia, por causa del bien que saca el Matrimonio. Esta es aquella enfermedad de que habla el Apóstol á los fieles casados: *La voluntad de Dios es que seáis santos y puros, y que os abstengáis de la fornicación: que cada uno de vosotros sepa poseer su propio vaso sana y honestamente, y no dexándose vencer de la enfermedad de la concupiscencia, como los Paganos que no conocen á Dios.* Lo que significa que el hombre fiel y casado, no se debe contentar con no usar de lo que pertenece á otro, sino que ni se debe detener voluntariamente en el placer sensual, que al presente es inseparable del Matrimonio, sino sufrirlo como que es preciso." Quiere tambien este Padre que el deseo de tener hijos no se quede entre los fieles en el fin de que nazcan para el siglo presente unos hijos mortales, sino de que renazcan en Jesuchristo para que eternamente vivan con él. No cree que pueda dudarse que los Santos Patriarcas, así antes como despues de Abraham, usáron como debían, bien, del mal de esta concupiscencia, en vez de dexarse vencer de ella; porque si tuviéron al mismo tiempo muchas mugeres, era unicamente con el fin de tener mas hijos, y no con el de variar de placeres. No duda tampoco que es mas conveniente al Matrimonio que el hombre tenga una sola muger y no muchas. "Y esto suficientemente se nos enseña en la primera alianza que hizo el mismo Dios del primer hombre con la primera muger, para que todos los Matrimonios tuviesen su origen en el que habian de mirar, como el mas honesto exemplo que podian imitar"

Mas ¿cómo puede permanecer la concupiscencia en el que es reengendrado? Responde San Agustin: "Que no permanece por un modo substancial, como si fuera cuerpo ó espíritu, sino que es una cierta mala disposicion al modo de la debilidad. Esta se va disminuyendo en los que se adelantan en la piedad, y guardan la continencia, en especial quando va sobreviniendo la vejez. Pero en los que se abandonan ver-

gonzosamente, á satisfacerla, se irrita, y cobra mas fuerzas, al paso que crece la edad. ¿Cuál es la accion de esta concupiscencia, sino los deseos malos y deshonestos? Porque si fueran buenos y honestos no nos prohibiera el Apóstol seguirlos. No dice que no tengamos estos desordenados deseos, sino que no los sigamos; esto es, que por ser estos movimientos impuros mas violentos en unos que en otros, segun los progresos que cada uno ha hecho en la nueva vida del hombre interior, debemos en esta especie de combate por la justicia y la castidad, no obedecer jamas á los malos deseos. Podemos desear que no nos inquieten, no obstante que no podemos conseguirlo, mientras permanezcamos en este cuerpo de muerte. Bien quisiera el Apóstol verse libre; pero siempre sentia los efectos de esta concupiscencia, aunque no los obedecia, porque siempre les negó su consentimiento; por lo que decia: *No soy yo, pues el que hago estas cosas, sino el pecado que habita en mí.*"

Todo el segundo libro le emplea San Agustin en defender lo que habia dicho en punto de la doctrina del pecado original, y en refutar los argumentos de Juliano. Decís, oponia Juliano, que la concupiscencia es mala, pero sin ella no hay fecundidad. ¿Cómo, pues, despertó Dios esta concupiscencia en Abraham y Sara, para hacerla fecunda en su vejez? ¿Os atreveréis á atribuir al demonio un don que Dios concede por premio? Responde San Agustin: "Que estas dos personas, aunque ancianas, tenían en sí mismas la concupiscencia, y Dios solamente les dió la fecundidad quando se la quiso conceder."

¿Cómo probareis, decia Juliano, que un niño es pecador? Lo es acaso por su voluntad, pero en esta edad no la tiene. ¿Es el Matrimonio la causa de su pecado? Nó; porque vosotros decís que es bueno. ¿Son el padre y la madre la causa de este mal? Segun vuestros principios, debe decirse que sí, pues executan una accion que tira á aumeptar el dominio del demonio. A todos estos vanos discursos no le oponé San

Agustin sino la autoridad del Apóstol, que ni condena la voluntad del niño, ni el Matrimonio, ni los padres ó madres que usan de él legitimamente, sino que dice: *Que el pecado entró en el mundo por un hombre solo, y la muerte por el pecado; y de este modo pasó la muerte á todos los hombres, habiendo pecado todos en uno solo.* Si los Pelagianos comprendieran el sentido de estas palabras, como lo perciben los Católicos, no se sublevarían contra la fe y la gracia de Jesuchristo, ni las entenderían en sentido herético, asegurando que el Apóstol habla de este modo para enseñarnos que somos pecadores en Adán, por imitacion y nó por nacimiento. Insistía Juliano, y preguntaba: ¿por qué hendiduras, pues, se comunica el pecado á los niños?

Responde San Agustin: «¿Para qué buscas hendidura oculta, quando tienes muy abierta la puerta? El *pecado*, dice el Apóstol, *entró en el mundo por un solo hombre, por la desobediencia de un solo hombre.* ¿Qué mas quieres; qué buscas mas evidente?» Como todavia preguntaba este Pelagiano si el pecado traía su origen de la voluntad, le responde San Agustin: «Que el pecado original estaba como sembrado en la voluntad del primer hombre, para que estando así en él, pasase desde él á todos sus descendientes. Es verdad que viniendo de Dios la naturaleza del hombre, es preciso que sea buena; pero como en el hombre se puede hallar una intencion mala, se puede reprehender esta intencion y alabar la naturaleza. Asimismo en un niño, ademas de la naturaleza en que Dios le ha criado, hay tambien un vicio, que, segun el Apóstol, *ha pasado por un hombre solo á todos los demas.* Y así de estas dos cosas que se hallan en el niño, la una, que es la naturaleza, se atribuye á Dios; la otra, que es el pecado, se atribuye al demonio. La naturaleza del hombre fué criada recta y sana; pero como salió de la nada, es capaz del mal, el qual puede nacer en un sujeto muy bueno.» Rebate la doctrina de los Pelagianos sobre el pe-

cado original con el uso y costumbre de la Iglesia, muy anterior al nacimiento de esta heregia, y de la de los Maniqueos, de decir los exórcismos sobre los niños que presentan al Bautismo, y soplarles en el rostro, para que estos mismos misterios sirvan de prueba de que no podrian entrar en el Reyno de Jesuchristo, si antes no los sacasen del poder de las tinieblas. La refuta tambien con muchos pasages de la Escritura, que denotan claramente el pecado original, y con la autoridad de los mas ilustres escritores Católicos, señaladamente de San Cipriano y San Ambrosio.

XCVIII. Un joven natural de la Mauritania Cesariana, llamado Victor, dió ocasion á los quatro libros de S. Agustin intitulados: *del alma y de su origen.* Era simple Lego y de muy buenas costumbres. Por falta de madurez gustaba mas algunas veces de abrazar sentencias peligrosas, que de confesar su ignorancia quando hallaba dificultades, y no conocia la solucion. Aunque habia dexado el partido de los Rogatistas, agregándose á la comunión católica, conservaba alta idea de Vincencio, Xefe del partido, despues de Rogato; de tal suerte, que tomaba hasta el nombre, y por esto se llamaba *Vincencio Victor.* Estando cierto dia en casa de un Sacerdote Español, llamado *Pedro*, vió allí una de las obras de San Agustin, en la que este Padre confesaba que ignoraba hasta entonces, si las almas venian por propagacion de la de Adán, ó si Dios formaba nueva alma para cada persona: pero al mismo tiempo añadía, que sabia muy bien que el alma era espíritu, y nó cuerpo. Ambas proposiciones desagradaron á Victor, no pudiendo concebir, como un hombre del mérito de San Agustin podia tener por opinion probable la propagacion de las almas, creyendo al mismo tiempo que el alma no era cuerpo. Escribió, pues, contra él dos libros dirigidos á este Sacerdote Español, y en ellos introduxo muchos sentimientos de los Pelagianos, y otros aun peores.

Dice San Agustin á Victor: «Que los pasages que ha-

bia alegado para resolver la cuestión nada decían terminante sobre el origen del alma; que probaban sin duda que Dios es su Autor, pero nó de qué modo se nos da el alma, si viene por propagación, de nuestros padres, ó si Dios forma una nueva para cada persona." Advierte de paso, que cree sinceramente lo que el Apóstol enseña con la mayor claridad; es á saber: "Que todos los hombres que nacen de Adán, sacan de este hombre su condenación, á no ser que despues renazcan en Jesuchristo, como quiso que renazcan los que por una gracia misericordiosa tiene predestinados á la vida eterna." Entrando despues en la cuestión entre él y Victor; es á saber, si el alma es incorporea, como decia el Santo, ó si es corporal, como lo decia el joyen, definió así lo que es cuerpo: "El cuerpo es lo que ocupa mas espacio de lugar con sus mayores partes, y con las menores ocupa menos." Victor, que confesaba que Dios no era cuerpo, decia al mismo tiempo, que si el alma lo era, era preciso que fuese aire ó nada. Le demuestra San Agustin la inconseguencia de esta alternativa; pues confesando que Dios no es cuerpo, no se atrevió á decir que fuese aire ó nada. Por otra parte, admitiendo Victor una alma de aire, no podia menos de confesar que era cuerpo, pues el aire lo es. Para entender bien esta disputa, será bueno formar idea del sistema de Victor. Segun éste, se componia el hombre de tres substancias; del exterior, que es el cuerpo; del soplo de Dios, que formó el hombre interior, esto es, el alma; y de alguna cosa mas íntima, que llamaba el espíritu. Se habia formado este sistema sobre un lugar de la Epístola á los Tesalonicenses, en donde el Apóstol distingue en el hombre, *el espíritu, el alma y el cuerpo*. San Agustin le rebate con las mismas palabras de San Pablo, el qual nos promete, dice en este lugar, que nuestro hombre interior se ha de renovar á la imagen de Dios. ¿Será ésta el alma ó el espíritu? No se puede decir que es el alma, pues siendo corporea en sentir de Victor no puede ser imagen de Dios, que es incorporeo.

Luego si el hombre interior, que ha de ser renovado á imagen de Dios, comprehende al alma y al espíritu, solamente habrá de renovarse la mitad, que es el espíritu. Por otra parte, aunque parece que San Pablo distingue tres cosas en el hombre, las reduce á dos, que son: el hombre interior y exterior, sin reconocer otro sér mas íntimo, como hace Victor.

Decia este jóven: si el alma no es cuerpo, ¿qué es lo que veía el Rico Avariento en los infiernos? ¿No veía á Lázaro y á Abrahán? ¿No señala la Escritura los miembros de esta alma dándola ojos, dedos, lengua y pecho? Responde San Agustin: "Que no se debe tomar á la letra todo quanto se dice en la parábola del Rico Avariento; pues de lo contrario, se seguiria que Dios sería corporeo; pues la Escritura le atribuía tambien miembros que solo al hombre convienen; y aun sería cosa ridicula entender literalmente lo que se dice *del seno de Abrahán*; no siendo posible que este seno, tomado literalmente, pudiese contener tantas almas, siendo, segun la opinion de Victor, corporeas." Dice, pues, este Padre: "Que por el seno de Abrahán se debe entender un lugar de descanso, atribuido á este Patriarca, como Padre de las naciones que habian de imitar su fe."

Prueba la inmaterialidad del alma, por su capacidad de contener las imágenes de los cielos, de la tierra, y de una infinidad de objetos; lo que excederia su capacidad, si fuera un cuerpo limitado á la extension de cinco ó seis pies. En las actas de Santa Perpetua se lee que se vió entre sueños transformada en hombre para pelear contra un Egipcio; de aqui inferia Victor, que si el alma no fuera corporea, no hubiera podido atacar á su contrario. Las mismas actas refieren, que en una vision reconoció esta Santa Martir una herida que tenia en el rostro Dinocrates que habia muerto poco tiempo antes. De aqui pretendia Victor sacar otra prueba de la materialidad del alma. Responde San Agustin: "Que todas estas visiones deben entenderse como apariencias, y no como realidad. Forma esta

dificultad, y se la opondrá á su contrario: si el alma de Dinocrates estaba verdaderamente herida en el rostro, ¿por qué quando matan el cuerpo no quitan la vida al alma? Esto no puede decirse; porque el Evangelio dice en términos expresos: »Que los que quitan la vida al cuerpo no tienen poder para matar el alma.» Despues de manifestar con otros discursos lo ridiculo de la sentencia de este joven, llega al lugar en donde habia dicho que el alma no tenia necesidad de vestido ni alimento, y le pregunta; por qué, pues, el Rico Avariento deseaba en los infiernos una gota de agua, y por qué Samuel apareció á Saúl revestido de su traje ordinario? Le manifiesta por lo que pasa en nosotros en el sueño, que lo que nos parece cuerpo, no lo es efectivamente, sino apariencia sin realidad; y así podemos decir, que lo que parecia corporeo á los Santos, no lo era verdaderamente, aunque el objeto que los Profetas percibian en semejantes ocasiones era señal segura de algun futuro suceso. No determina este Padre en este lugar si los Angeles buenos y malos han aparecido á los hombres con verdadero cuerpo.

Refiere despues diversos lugares de la Escritura que prueban la espiritualidad del alma del hombre, excluyendo la inteligencia y razon de las bestias; y haciendo una recopilacion de los errores de Victor, le exhorta á que los abjure. Hizolo así este joven, y penetrado su corazon á vista de la caridad con que San Agustin le trataba, le escribió dando testimonio de que se habia corregido de sus errores.

XCIX. Entretanto que Bonifacio, sucesor de Zosimo, gobernaba la Iglesia de Roma, los fieles de aquella ciudad habian logrado á costa de vigilancia y de cuidados dos cartas de los Pelagianos que los de su secta esparcian por la Italia. Juliano, de quien era una de estas cartas, la habia enviado á Roma para confirmar y aumentar en ella el número de sus discípulos. La otra carta era de 18 Obispos Pelagianos, dirigida á Rufo, Obispo de Tesalonica. Ambas se cree que fueron es-

critas en un mismo tiempo; esto es, por los años 420. San Alipio, que entonces estaba en Roma, fué el encargado de llevar estas dos cartas á San Agustin, y aun San Próspero dice, que se empeñó en que este Padre respondiese. Mas no lo dice San Agustin. Respondió, pues, en quatro libros, dirigidos á este santo Pontífice, teniéndose por obligado á ponerse á los esfuerzos que los enemigos de la gracia no cesaban de hacer; procurando que no se dexasen sorprehender los Católicos, ni se obstinasen en sus pecados los Hereges.

Empieza el primer libro con expresiones del reconocimiento á los testimonios de amistad que el Papa le habia dado por San Alipio. »Vuestra humildad, le dice, hace, que aunque estais en sitio mas elevado, no os desdeñeis de la amistad de los pequeños, sino que correspondais con un afecto recíproco; porque la amistad no es otra cosa; solamente es fiel en los que se aman en Jesuchristo, pues solo en este puede ser eterna y feliz.» Reconoce que la silla de Roma tenia la preeminencia sobre todas las demas, y le dice á Bonifacio: »Que si le envia la refutacion de las dos cartas de los Pelagianos, no erá para enseñarle, sino para que las exámine, y corrija lo que en ellas no le agrade.»

Demuestra este santo Doctor, que por mas que Juliano alabe á los antiguos justos, es preciso conceder que se salvaron todos por la fe de aquel Mediador, que dió su sangre por el perdon de los pecados: que este Pelagiano, quando confesaba que la gracia de Jesuchristo era necesaria á los pequeños y á los adultos, lo entendia de modo, que decia, no ser necesario el Bautismo en los niños para el perdon de los pecados, sino solamente para que pudiesen entrar en el Reyno de los cielos; y que supuesto que decia, con todos los de su secta, que la gracia que se nos da por Jesuchristo, no se nos da gratuitamente, sino segun los méritos, le anatematizaban los Católicos, porque solamente con la gracia que Dios nos da por su divina misericordia podemos usar bien del libre albedrio.

En el segundo libro responde á la carta que los 18 Obispos Pelagianos habian escrito á Rufo, Obispo de Tesalónica; y les hace ver, que no se podian gloriarse de que no eran Maniquéos, pues no merecia su error la condenacion menos que los de estos Hereges, por ser un error de otra naturaleza. Hace un paralelo de los Maniquéos con los Pelagianos, y demuestra que los Católicos igualmente los condenan por ser los unos y los otros opuestos á la doctrina de la Iglesia sobre la gracia y el Bautismo. Justifica despues al Clero de Roma sobre la prevaricacion que le imputaban los Pelagianos, y prueba que jamas se aprobó en Roma su doctrina, aunque Zósimo usó con Celestio alguna indulgencia por poco tiempo. Añade: «Que tuvo esta tolerancia el Pontífice, porque aquel Herege prometia en su profesion de fe que se sujetaria á su decision; de suerte, que lo que aprobó este Papa en Celestio fué la voluntad que manifestaba de instruirse y enmendarse, y no la falsedad de sus dogmas.» Esto se vió claramente despues, que llegaron las cartas del Concilio de Africa á Zósimo, en las quales se exponian con toda claridad los engaños de Celestio: porque citado entonces á la silla Apostólica para responder de su doctrina, temió el exámen, y huyó.

Pretendian estos 18 Obispos, que con el nombre de gracia se introducía en la Iglesia el destino. Y hablando de los Católicos, decian: «Que introducian esta especie de destino, asegurando que si Dios no inspira al hombre que le resiste el amor al bien, no podrá evitar lo malo, y hacer lo bueno. Concede San Agustin, que Dios inspira el amor al bien en el hombre que resiste; pero advierte, que esto sucede haciendo al mismo tiempo, que el hombre que antes resistia ó no queria, llegue á querer y consentir, en lo qual no hay destino alguno.» No obstante, si alguno quiere entender con este nombre la voluntad omnipotente de Dios, nos hallamos en la disposicion de evitar la novedad de los términos, porque no queremos disputas.» Estos mismos Obispos acusaban á los Ca-

tólicos de que atribuian á Dios acepcion de personas. Responde San Agustin: «Que quando entre dos deudores de igual calidad se perdona al uno lo que se pide al otro, de ningun modo se vulnera la justicia; y que siendo todos los hombres igualmente culpados, puede Dios sin dexar de ser justo, perdonar al que quiera» esto lo confirma con la parábola de los obreros Evangélicos, los quales recibieron todos el mismo salario, no obstante, que habia sido desigual el tiempo de su trabajo.

No querian los Obispos Pelagianos reconocer, que el primer deseo del bien proviene de Dios; pero el Santo Doctor les hace ver, que si este deseo, por débil que fuese, se formase en nosotros sin la gracia, en este caso, la gracia que siguiese á este deseo, no seria gratuita, pues siendo meritorio este deseo, seria por consiguiente debida, y no gratuita: doctrina que Jesuchristo, viendo que la habia de enseñar Pelagio, condenó diciendo: *Sin mí nada podreis hacer*; no dice el Salvador: *Con dificultad podreis hacer sin mí alguna cosa*; sino, *Nada podeis hacer sin mí*. Palabras que encierran el principio y fin de la accion buena. San Pablo se explica con mayor claridad, como si pretendiera dar nueva luz al pensamiento del Señor: *Aquel, dice, que ha empezado en vosotros la obra santa de vuestra salud, la concluirá y perfeccionará hasta el dia de Jesuchristo*; pasa mas adelante, y dice: *Que no somos capaces de formar de nosotros mismos ningun pensamiento bueno como de nosotros mismos; sino que Dios es el que nos hace capaces de tenerle*. Pensar alguna cosa buena, es un bien; pero el pensamiento es menor que el deseo; porque pensamos en todo lo que deseamos, mas no siempre deseamos todo lo que pensamos. ¿Pues si el buen pensamiento no es de nosotros mismos, cómo lo ha de ser el buen deseo?

No está escrito, decian los Pelagianos, que al hombre pertenece preparar su corazón (Porv. 16.) Luego á él pertenece empezar el bien, aun sin el socorro de la gracia de Dios.